

por Pafnucio, solitario egipcio ; pero se cree que los Griegos introdujeron interpolaciones en el texto primitivo. Sin embargo Bulteau la trae con alguna extension en su *Historia de los Monges del Oriente*¹, y el P. Miguel-Angel Marin aduce varios rasgos de ella en sus *Vidas de los Padres de los desiertos*. Podríamos seguir estas autoridades ; pero como la vida de San Onofre en los hechos aceptados por el P. Marin no ofrece nada de particular, nos limitamos á una simple mencion.

Heleno. — Este piadoso anacoreta habia sido educado desde su juventud en una comunidad, en la que vivió con tanta perfeccion, que desde entonces mereció hacer en ella milagros. Este mismo don le siguió al desierto en el que se retiró todavía joven. La vida que en él hizo era tan abstraída de los sentidos que reprimia hasta los menores deseos de las cosas de acá abajo que hubiesen podido nacer en su corazon.

Un dia, habiéndole ocurrido al pensamiento el comer miel, y habiéndola encontrado cerca de si por artificio del maligno espíritu, abandonó inmediatamente esta region y se internó más en el desierto, en donde, para castigarse de este ligero deseo, se condenó á un ayuno de muchas semanas, hasta tanto que se le apareció un ángel y le presentó agua y yerbas, de las que comió con accion de gracias.

Este hombre de prodigio no estaba tan retirado en su desierto que no visitara de tiempo en tiempo los monasterios, ya para las necesidades temporales de los hermanos, ya para sostenerles en la piedad. Cierta dia en que él les llevaba víveres, encontróse tan agobiado bajo el peso de su carga, que no podia más con el cansancio. Vió entonces unos asnos salvages que atravesaban la campiña y les gritó : « En

¹ Esta obra fué publicada en 1678.

nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que venga uno de vosotros aqui á aliviarme de mi carga. » Al instante, acercósele uno de ellos con la docilidad de un animal doméstico. Heleno cargóle con las provisiones, él montó tambien sobre el asno, y el animal le llevó con gran velocidad á las celdas de los hermanos.

Otra vez, habiendo llegado en domingo á un monasterio, halló que los hermanos no celebraban la solemnidad del dia á causa de que el sacerdote que esperaban con este fin, moraba á la otra parte del Nilo, y no se habia atrevido á pasarlo por temor de un cocodrilo que habia hecho ya mucho mal. Quiso él mismo ir á buscar al sacerdote, y cuando estuvo á orillas del rio, el cocodrilo, muy lejos de hacerle daño, le recibió sobre sí para pasarle. Atravesó sin temer al animal que montaba ni á las aguas ; pero habiendo suplicado al sacerdote que viniese con él y ofreciéndole hacerle tambien pasar el Nilo sobre el cocodrilo, no pudo jamás determinarle. Asi que se volvió solo y atravesó el rio como lo habia hecho antes. Pero cuando hubo pasado, dijo al cocodrilo que valdria más que muriese que no que causara, como ya lo habia hecho, la muerte á tanta gente, y el animal aspiró alli mismo.

En seguida se volvió al monasterio en el que permaneció tres días, instruyendo á los hermanos, descubriendo á los unos los defectos á que estaban sugetos, y animando á los otros á adelantar todos los dias más y más en las virtudes que habian empezado á practicar, lo que daba á los primeros vivos sentimientos de compuncion y un ardiente deseo de enmendarse, y á los últimos una santa emulacion para hacer grandes progresos. Cuando estuvo próximo á separarse de ellos, les notificó que muy pronto debian llegar hermanos estrangeros y que les preparasen yerbas y estos hermanos llegaron casi luego despues.

Un joven religioso le suplicó que se lo llevase al desierto.

Él le representó cuán difícil era la empresa, sobre todo á causa de los combates que libraban los demonios contra los anacoretas. Pero, persistiendo este hermano en su demanda, accedió él finalmente, y se lo llevó á la cueva cercana á la suya. Durante la noche, rodeáronle los demonios y, despues de haberle atormentado con malos pensamientos, hicieron como que se echaban sobre él para matarle. Al ver esto, espantado el solitario, emprendió la fuga y fué á refugiarse á la cueva de Helen, quien le consoló y le dió lecciones del valor, paciencia, y sobre todo de la confianza que debía tener en Jesucristo. Despues, llevóle nuevamente á la cueva, al rededor de la cual hizo con el dedo un surco sobre la arena, y prohibió á los demonios en nombre de Jesucristo que traspasasen jamás estos límites. Desde entonces, el joven solitario vivió allí en reposo y seguridad.

Juan. — Los primeros ensayos de este solitario en la virtud, fueron los esfuerzos de los mas austeros penitentes. Al principio, permaneció en pié sobre una roca por espacio de tres años, orando sin cesar, no tomando otro reposo que el que le podia permitir esta situacion, y no comiendo más que el domingo. Solo una fuerza milagrosa pudo sostenerle en esta austeridad. Recibia esta fuerza en la sagrada Eucaristia, que todos los domingos venia á administrarle un sacerdote, y la que le alimentaba más que ningun manjar material.

El espíritu maligno se atrevió en cierta ocasion á tomar la figura de este sacerdote, y se presentó á él antes de la hora acostumbrada para administrarle este Sacramento; pero Juan estaba demasiado iluminado de lo alto para que le engañara este cambio. Él le dijo con una santa indignacion: « ¡ Oh padre de mentira, enemigo de toda justicia! ¡ No te basta engañar á las almas fieles, sino que aun te atreves á mezclarte en estos misterios igualmente santos que tremendos! »

El demonio le respondió: « Yo creia sorprenderte como he hecho con uno de tus hermanos, á quien engañé tan bien que perdió el espíritu hasta tanto que, habiendo rogado por él muchos personajes santos, le hicieron nuevamente entrar en su buen sentido con mucha pena. » Y habiendo dicho estas palabras, desapareció.

A esta aparicion del principe de las tinieblas, sucedió la de un angel de luz, que fué muy consoladora para este gran siervo de Dios; porque como la penosa situacion en que habia permanecido hasta entonces, le habia cubierto la boca de úlceras y reventado los piés de suerte que de ellos le salia sangre corrompida, este bienaventurado espíritu le curó sus llagas, le aseguró que no se vería más presa del hambre de un manjar corruptible, y que Dios le concederia una gracia del todo celestial, esto es, el don de la sabiduria y de la ciencia, y el de hablar de las cosas espirituales con la elocuencia de los santos. Mandóle tambien que saliese de su retiro y recorriese los desiertos para visitar á los hermanos y edificarles con las palabras de salud que Dios le pondria en la boca. Dios le concedió tambien el don precioso de conocer la manera de vivir y el fondo de la conciencia de los solitarios que habitaban en los monasterios vecinos, y hasta de los que estaban más apartados.

Habiendo Juan recibido de lo alto su misión sobre los hermanos, ejercitábala con dulzura, con humildad, y con un vigor totalmente apostólico. Visitaba durante la semana á los solitarios en sus diferentes celdas, exhortándoles ó á corregirse de sus defectos, ó á adelantarse más y más en la virtud, segun la disposicion de su conciencia. Pero todos los domingos volvia á su morada ordinaria para recibir la sagrada comunión.

Además de estas frecuentes visitas, escribia cartas ya á los superiores para advertirles de los abusos que debian corregir en sus monasterios, ya á los inferiores á los cuales se-

ñalaba distintamente el detalle de sus obras, de modo que no podían negarlo. Finalmente exhortaba á todos en general á desapegar su corazón de las cosas visibles, para no unirse sino á las invisibles y espirituales : « porque, según decía él, había llegado el tiempo de no aplicarse más que á este estudio ; pues no convenia permanecer siempre niños en la piedad sino que era preciso revestirse de los sentimientos de hombres formados y trabajar en sobresalir en todas las virtudes del alma. »

Aun cuando de este modo se ocupaba en la conducta espiritual de los hermanos, no se creía dispensado de ganarse la vida con el producto de sus manos. Por esta causa hacía cinchas para los caballos, con hojas de palma, según el uso del país. Cuéntase á este propósito que habiendo montado á caballo un cojo, con el fin de venirle á ver para obtener la curación por sus oraciones, apenas hubo tocado con sus pies la cincha de este caballo que había sido hecha por las manos del santo, cuando se encontró perfectamente curado. Obró también otros muchos milagros ; pero su vida era un milagro continuado.

Doroteo. — La pureza de costumbres de Doroteo hizo que se le juzgase, digno del sacerdocio. Ejercía sus funciones para la necesidad y consuelo de los otros anacoretas que vivían como él en cuevas. Su bondad era muy grande, y su desapego igual á su bondad. Santa Melania, la Joven, envióle un día quinientos escudos de oro, rogándole que los distribuyese á los hermanos. Doroteo se quedó solamente tres para sus necesidades particulares, y envió los restantes á Diocles anacoreta á fin de que se encargase él de hacer la distribución, diciendo al que se los había traído : « Mi hermano Diocles es mucho más sabio que yo, y conoce mejor á los que tienen necesidad de recursos ; en cuanto á mí, esto me basta. »

Diocles. — Este solitario que acabamos de nombrar,

aprendió en su juventud las letras humanas, y después la filosofía. Pero, á los veinte y ocho años, sintiéndose tocado por la gracia que le instaba á no dedicarse más que al estudio de Jesucristo crucificado, renunció á las ciencias profanas y se hizo anacoreta. Permaneció más de treinta y cinco años en una cueva, vacando á la meditación de las verdades divinas. Decía que el que no se aplica á Dios, se deja arrastrar ordinariamente por alguna pasión, y se convierte en demonio ó en bestia : en bestia, si se entrega á los placeres de los sentidos, y en demonio, si se abandona á la cólera. Mas, como se le dijese que era imposible que el espíritu se ocupase continuamente de Dios, respondió que, cuando el alma está ocupada en alguna reflexión ó en alguna acción piadosa, está siempre con Dios.

Capiton. — Este solitario tenía su cueva cerca de la de Diocles. Moró en ella al menos cincuenta años, sin darse siquiera el ligero consuelo de ir á orillas del Nilo, que no estaba lejos de allí. Daba por razón de una mortificación tan severa el que, no habiendo sugetado enteramente al demonio, no se encontraba aun en estado de ver á nadie. Así que medía el rigor de su penitencia por los desórdenes de su vida pasada ; puesto que había sido ladrón antes de ser anacoreta.

Había en la misma región un anciano llamado Elias, quien, según se decía, tenía ciento diez años, cuando Rufino visitaba aquellos desiertos. El que habitaba era espantoso, y por añadidura de austeridad, se había ido al lugar más incómodo y de muy difícil acceso. Era una cueva que no se podía ver sin horror. Llegábase á ella por un sendero sumamente estrecho y pedregoso, y la cueva estaba tan escondida por espinos y malezas que, siguiendo el sendero, no era tan fácil descubrirla. Allí, este austero anciano, cuyos miembros, gastados por la caducidad de la edad y el rigor de la penitencia, eran del todo temblorosos,

vivia, por decirlo así, de abstinencia, no comiendo más que tres onzas de pan y tres accitunas por la tarde. Y esto era todavía una relajacion de sus primeros ayunos; puesto que antes pasaba frecuentemente las semanas enteras sin comer. Dios le habia concedido el dón de curar á los enfermos de cualquier especie de mal que padeciesen. Habia aparecido por los tiempos de Rufino, despues de setenta años en su desierto, sin que ninguno de los antiguos solitarios pudiese precisar en qué tiempo se habia hecho monje.

Rufino y Paladio nombran tambien entre los solitarios vecinos de estos, y que resplandecian por el brillo de su penitencia y de sus virtudes, á Salomon, Eulogio, Diós oro, Apeles, etc. No reproducimos los detalles que dan, por no ofrecer nada de particular.

SAN PABLO, EL SIMPLE¹.

San Pablo, por sobre nombre el *Simple*, porque estaba exento de toda malicia, y tenia naturalmente una gran simplicidad, fué uno de los más célebres discípulos de San Antonio, y aun el más antiguo, como se dice en la vida de Santa Tais penitente. Abrazó muy tarde la vida monástica, habiendo vivido en matrimonio hasta la edad de sesenta años, ó cerca de ellos, en un pueblecito de la Tebaida, en donde hacia de labrador.

La mala conducta de su muger le determinó á retirarse á la soledad. Despues de haber andado errante ocho dias por el desierto, llegó al lugar en donde moraba San Antonio y

¹ Rufino Paladio.

formó la resolucion de ser discípulo de un tan excelente maestro.

Llamó á la puerta de la celda del Santo y le descubrió el designio que habia formado. Pero Antonio, juzgando que era demasiado viejo para imitar en esta edad su estado de vida, le dijo que se fuese más bien á algun pueblecito á ganarse la vida con el trabajo de sus manos ó, si absolutamente habia resuelto abandonar el mundo, que entrase en alguna casa de religiosos, cuyas prácticas fuesen menos austeras que las de los anacoretas, y en donde seria aun más socorrido en su vejez. Y despues de esta respuesta encerróse en su celda.

Pablo no se desanimó: quedóse en el mismo punto, esperando que el Santo abriese de nuevo su puerta, y concediese á su perseverancia lo que le habia negado al principio. Así pasó tres dias con tres noches aguardando con humilde paciencia, hasta que al cuarto dia, habiendo salido San Antonio, presentóse todavía delante de él, instóle nuevamente, y protestó que queria morir en aquel lugar. El Santo, que se apercibió que no tenia provision alguna, temió que un tan largo ayuno, al cual no estaba acostumbrado, le pusiese en peligro de muerte y se cargara su conciencia. Recibióle, pues, pero con la resolucion de obligarle á retirarse pronto de él, por si mismo, disgustándole por las rudas pruebas á que le someteria, pues no podia persuadirse que sostuviera los trabajos de la vida solitaria en una edad tan avanzada.

Díjole, pues, que podia llegar á santificarse si queria someterse enteramente á la obediencia; lo cual le prometió Pablo con sinceridad de corazon. La primera prueba que exigió de su sumision fué que permaneciese en oracion fuera de la celda y que no se moviera del puesto hasta que viniese á traerle con que trabajar; pero él se encerró en su celda, observando á escondidas por la ven-